



"trampa", de ángel maría de lera

ÁNGEL María de Lera ha entrado tardíamente en el ámbito novelístico, aunque con todo vigor y brillantez. En 1957, a los cuarenta y cinco años, publicó su primera novela, "Los olvidados". Vinieron después sus dos grandes éxitos: "Los clarines del miedo" (1958) y "La boda" (1959). Un año después publicó "Bochorno". Ahora acaba de aparecer en los escaparates su último título: "Trampa" (Editorial Aguilar. Colección Novela Nueva. Madrid, 1962).

En "Trampa", como en sus cuatro obras anteriores, Ángel María de Lera acredita ampliamente su gran capacidad para novelar. En la fuerza de los tipos y de las situaciones, en el reflejo de los ambientes, en el ritmo narrativo, en la creación de una intriga que mantiene despierto el interés del lector hasta la última página, es donde hay que buscar patentes en esta nueva novela. Si en "Los clarines del miedo" o en "La boda" Lera reflejaba unos tipos y unos ambientes populares, en "Trampa" refleja unos tipos y unos ambientes extruados de la alta burguesía. Debo confesar que Lera acierta mucho más en el primer caso que en el segundo, o cuando menos que a mí me interesa mucho más en el primer caso, quizá porque ya hay una serie de novelas que, con mayor acierto que "Trampa", han testimoniado ese mismo mundo en declive, mientras que pocas novelas españolas de la última hora han reflejado con tanto nervio y vigor en mundo popular de "Los clarines del miedo" o "La boda".

Esto no es obstáculo para que reconozcamos que "Trampa" encierra un evidente interés. El tema argumental es rico en anécdota. En torno a la historia de un joven matrimonio fracasado, Lera va dibujando unos personajes y unas circunstancias que nos dan la imagen fidedigna de un medio social en derrumbe. Es especialmente patética la historia de este joven matrimonio, Elena y Alvaro, cuyo fracaso no obedece, como en un principio parece insinuarse, a que Elena no acuda virgen al matrimonio, sino a la homosexualidad de Alvaro, posteriormente descubierta por ella. Oreo que Lera ha exagerado un poco con el asesinato final de Alvaro a manos de Elena. No sé. Lo cierto es que en "Trampa" ocurren demasiadas cosas, y que esto no es lo habitual en el medio en que se desarrolla la acción; cuando menos, todo lo que ocurre en "Trampa" es excepcional en el vivir cotidiano de sus personajes.

Ya he alabado los valores formales de esta nueva novela de Ángel María de Lera. Debo añadir que sus diálogos son muy ágiles y realistas y que su lectura es fácil y amena. Y que, no obstante las objeciones expuestas, Ángel María de Lera se ha apuntado un valioso tanto con "Trampa". Y, por último, que esperamos con vivo interés su próxima novela, en el deseo de que esta se halle inspirada en temas y ambientes populares, de donde Lera ha sacado hasta hoy sus mejores frutos.

RICARDO DOMENECH



RAMON PEREZ DE AYALA

EN su residencia de Madrid ha fallecido Ramón Pérez de Ayala. Desde hacía algún tiempo, la salud del escritor y académico era muy precaria, hasta el punto de que no se movía de un sillón donde leía y escribía. El entierro constituyó una gran manifestación de duelo.

A la hora de trazar una sucinta biografía de Pérez de Ayala, lo primero que salta a la vista es que éste no tiene biografía; cuando menos, que no tiene una biografía rica en anécdota, como la tienen todos los escritores anteriores a él: los hombres del 98. La mejor definición de Pérez de Ayala se la debemos a don Antonio Machado, cuyo retrato no puede ser más exacto:

«... resolutivo
el ademán y el gesto,
petulante
un sí es no es,
de mayorazgo en corte;
de bacheler en Oxford o estudiante
de Salamanca, señorial el porte.»

He aquí al Pérez de Ayala que se reveló como escritor hacia 1904, luego de unos copiosos estudios que comenzaron en los Jesuitas de Gijón y Carrión de los Condes, pasando por la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo, donde fue discípulo de «Clarín». No habiendo conocido en ningún momento problemas económicos, Pérez de Ayala —que había nacido en Oviedo en 1880— viajó por toda Europa y pudo con-

seguir una sólida formación intelectual, patente en todas sus obras.

Con Ortega y Marañón, entre otros, Pérez de Ayala constituyó la generación intermedia entre el 98 y el 27 (García Lorca, Alberti, Salinas, etcétera). Generación de ensayistas, hombres intelectuales esencialmente, que influirían de un modo notable en la vida pública. En 1931, Pérez de Ayala fue nombrado embajador de España en Londres, cargo que ocupó hasta 1936. Del 31 al 49 estuvo ausente de España. A su regreso dijo: «El amor a la patria es el amor que aumenta con la distancia y el tiempo.» Uno de los aspectos más descolantes de la labor periodística de Pérez de Ayala ha sido, en estos últimos años, sus colaboraciones frecuentes en el diario «A B C», casi siempre sobre temas de la antigüedad clásica, en las que el ilustre académico ha puesto de manifiesto una profunda cultura.

La obra que Pérez de Ayala deja tras de sí es muy nutrida y abarca todos los géneros —novelas como «Belarmino y Apolonio», «Luna de miel, luna de hielo», «Los trabajos de Urbano y Simona», «Tigre Juana», «El curandero de su honor»; poesía, como «La paz del sendero», «El sendero innumerables», «El sendero andante», ensayo, como «Política y toros» o «Las máscaras». Todas estas obras ponen de relieve la rigurosa formación intelectual de su autor, la voluntad de un estilo depurado, la densidad conceptual.